

MANDALAY

Entramos en la División de Mandalay y dejamos atrás las tierras rojas de Shan. Nos habíamos puesto en ruta poco antes del alba bordeando el lago Inle por el oeste. Llegamos a Ywama con la primera luz de la mañana y nos paramos a curiosear el mercadillo que se estaba organizando. Había tenderetes de comida y de ropa, video-casetas con filas de hombres esperando para entrar, chicas jóvenes con bidones y bultos sobre la cabeza, carros, carretas, motos y algún que otro autobús destartado. Y niños. Muchos niños. Aparecían de improviso, correteaban, se paraban en seco a medio metro de nosotros, nos miraban con ojos enormes, se sorbían los mocos y desaparecían luego como por ensalmo. Nada nuevo: una de tantas fronteras entre los mundos rural y urbano, un sitio como cualquier otro para meditar sobre “tradición” y “modernidad”, un ámbito tan incierto y móvil como el significado de esas dos palabras. Sobre todo en un país como Birmania.

Una hora después, de camino a Aung Sang, nos desviamos para visitar un poblado PO-OH. Cincuenta o sesenta casitas prefabricadas de una sola planta, muchas de ellas a medio terminar, por cuyas calles de tierra se movían media docena de personas: una pareja de ancianos, dos o tres mujeres de rostros arrugados, un par de niños pequeños y algún adulto con aspecto de enfermo. Shew nos explicó que los hombres y mujeres útiles salían muy temprano a los campos. Todos menos el grupo de chicas con mandiles y gorros azules que en un cobertizo sin paredes empaquetaba patatas. El procedimiento era completamente manual: seleccionaban las papas de un gran montón situado al fondo del cobertizo, las echaban en grandes cestos de palma

que colocaban sobre tres bancos corridos y, una vez allí, las introducían en unas bolsas de malla que anudaban luego con una cinta roja. No parecía haber una clara división del trabajo entre seleccionadores y empaquetadoras. Terminado el contenido del cesto la propia empaquetadora se levantaba, iba hasta el montón y lo volvía a llenar. “Cooperativa agrícola” dijo Shew “El gobierno les compra la producción y la vende luego”. No parecía haber ningún capataz, nadie que organizase aquello y nos quedamos haciéndoles fotos un rato. Al verse en las pantallas de las cámaras de Martín y de Pilar las chicas comenzaron a reír. Eran muy jóvenes, muchas de ellas adolescentes, y se reían a mandíbula batiente, con la boca, con los ojos, con los pulmones. Sus risa, acompasada y cantarina, nos persiguió calle abajo como si no fuera a apagarse nunca. A medida que nos alejábamos me dio por pensar que el motivo de su risa iba cambiando. Si al principio se reían de ellas (mejor dicho, de su imagen vista por vez primera en la pantallita de una cámara) luego se reían de nosotros, de nuestra particular forma de caminar y de vestir, de que nos interesase lo que ellas hacían y nos asombrase las cosas que nos asombraban.

Nos cruzamos con dos ancianas. Llevaban unas enormes cestas planas con mazorcas y frutas sobre la cabeza y sus cuellos estaban deformados por el bocio. Poco después vimos un hombre a la entrada de una casa. Enjuto y renegrido, medio-sentado sobre un poyete, agarraba con ambas manos un cayado de madera. Era un cayado nudoso, casi tanto como sus manos, y lo agarraba con fuerza, con violencia casi, como si temiera perderlo o que se lo arrebataran. Tardé un segundo en darme cuenta de que era parálítico de las dos piernas. Visto a la distancia se dicho que era una viga puesta allí para

apuntalar la fachada. Seguimos calle abajo perseguidos por un grupo de cuatro o cinco perros, lebreles birmanos de color canela, escuálidos y rodeados de moscas. Cuando se acercaban demasiado Martín los espantaba con palmadas y voces pero enseguida volvíamos a tenerlos en los talones, ladrando sin parar y tirándole dentelladas al aire. No me hacían ninguna gracia pero me olvidé de ellos porque de pronto caí en la cuenta de que algo me había estado llamando la atención desde que llegamos sin que hubiera sido capaz de identificarlo. Y era que en aquél poblado no había carteles ni anuncios por las calles. Ni los modestos carteles publicitarios colgados de fachadas, cercas y postes que habíamos visto en otros poblados, ni las pequeñas vallas cuadradas con los eslóganes, letras blancas sobre fondo azul, con la propaganda del gobierno. ¿Tan olvidado era este lugar, de tan escasa importancia, que nadie se había tomado la molestia de ponerlos? ¿O alguna vez estuvieron y alguien los había quitado?

De una casita situada al final de la calle salía música. Confusa y lejana al principio, clara y nítida a medida que nos acercábamos. Música birmana, rítmica, moderna, probablemente emitida desde un aparato de radio y que se detuvo en cuanto llegamos frente a la casa. Entonces, en una de las ventanas – un hueco negro y desnudo, desprovisto de marco, de cortinas, de contraventanas – apareció el rostro de un joven. Era un rostro serio y hermoso con una expresión de sorpresa que fue sustituida de inmediato por un gesto de fastidio, uno de los pocos – si no el único - de ese tipo que había visto hasta entonces. Con todo, no fue eso lo que nos llamó más la atención sino que todo él estuviera pintado de amarillo. El joven no dijo ni hizo nada. Simplemente se quedó observándonos. Pero su aparición tuvo dos efectos inmediatos: los

perros salieron de estampida y nosotros nos alejamos con paso vivo hacia a la furgoneta mientras yo me preguntaba por qué sonaba aquella radio, por qué la habían apagado al oírnos llegar, por qué el joven iba pintado de aquella manera, qué estaba haciendo en aquella casa a esa hora, cómo era que no había ido con los demás a trabajar en los campos. Tuve la intuición de que no estaba solo en la casa y que nuestra llegada le había interrumpido en mitad de alguna ocupación muy personal, probablemente íntima, tal vez, incluso, clandestina.

En Aung San volvimos a detenernos, esta vez al borde mismo de la carretera, para comprar fruta: unas naranjas grandes y ácidas, unas ciruelitas encurtidas que resultaron incomibles y una docena de manzanas rojas, frescas y dulces que nos supieron a gloria. Mordisqueamos las manzanas, dimos unos cuantos sorbos del té negro que Shew llevaba en su termo y partimos hacia Mandalay. A medida que abandonábamos la cuenca del lago Inle, los cultivos se iban haciendo más escasos, las montañas más altas y los riscos más escarpados. En la desviación de las cuevas de Pindaya, un cartel indicaba que faltaban 176 millas hasta Mandalay. Recorrer esa distancia, advirtió Shew, nos tomaría las siguientes seis horas.

Desde allí hasta Kwangang el paisaje me recordó al de Kalaw: pinos, abetos, villas de veraneo, frutales, pequeños huertos de hortalizas. Los ingleses, deduje, también se habían establecido en esta zona. Almorzamos en un pequeño restaurante de carretera, limpio, cómodo y bien servido. Al otro lado de la calzada había un carrito donde una mujer menuda y un hombre manco preparaban jugos de frutas. Mientras bebíamos los jugos, disfrutábamos de la luz y de la brisa y ganduleábamos observando el tráfico, Shew se puso a

hablar. Con voz suave y pausada nos regaló su particular versión de la historia birmana, desde la llegada de los primeros pobladores procedentes del Tíbet hasta la colonización británica. Nunca antes había hablado tanto y tan seguido no había una razón para que lo hiciera en aquel momento así que pese a su, con frecuencia, incomprensible inglés, lo escuchamos con atención. Su línea argumental era muy obvia: destacar el legado civilizador británico (“Muchas de sus leyes siguen todavía vigentes”) frente la nula aportación japonesa y al desastroso presente de la larga y férrea dictadura militar. Dango, su hermano que, contra su costumbre, se había sentado con nosotros minutos antes, lo miraba asombrado.

Desde allí hasta el cruce con la carretera principal el paisaje se puede resumir con una frase de la guía: *“high mountains, bumpy road and breathtaking views”*. O dicho de otra manera: pinos, eucaliptos, dulces valles, y altas y rocosas colinas con estupas blancas sobre las cumbres. De vez en cuando cruzábamos pequeños puentes sobre el estrecho río que serpenteaba a un lado y otro de la carretera. Había gente navegando aguas abajo en embarcaciones improvisadas, algunas de las cuales eran simples neumáticos de camión rodeados con unos cuantos sacos terreros. Intentamos dormir pero el torturado perfil de la carretera y el lamentable estado del firme lo impidieron. Cuando cruzamos la cordillera apareció ante nuestros ojos un hermoso y extendido valle: campos anegados, largas y estrechas acequias, verdes arrozales, algunos búfalos negros chapoteando en las charcas, gente inclinada sobre los cultivos, poblados blancos y marrones bañados por la suave luz del atardecer. “Una visión deliciosa” me dije “bajo la cual” añadí rápidamente “late una realidad dura, a menudo despiadada”.

Llegamos al cruce y tomamos la carretera que une Rangún y Mandalay. Los siguientes cincuenta kilómetros fueron un suplicio. Teóricamente la carretera estaba siendo ampliada (el proyecto había sido adjudicado – cómo no- a un consorcio chino) y no pude evitar recordar las inconclusas autovías cubanas: alternancia descabellada de tramos sencillos y desdoblados, maquinaria abandonada aquí y allá, ausencia de señales, carencia de luces, puentes en construcción, arroyos que uno ha de vadear a su propio riesgo. Todo ello salpicado por motos, bicicletas y carretas tiradas por bueyes surgiendo de donde menos se espera. “En todo caso” comentó Pilar sonriente “nada como la India. Este caos resulta casi previsible comparado con aquél otro”.

Mandalay. Un nombre mítico, de extraña sonoridad, inevitablemente asociado para mí con *“The Cristal Palace”* la novela de Amitav Gosh que había terminado de leer poco antes de venir a Birmania y cuyos efectos aún perduraban en mi memoria. Me habían gustado el argumento y la fina, tersa prosa de Gosh. Eso, y que no tuviera *“happy end”*. Situada entre el comienzo del siglo XX y la invasión japonesa de 1941 no podía tenerlo y entre sus otras virtudes literarias (ambientación adecuada, estilo fluido, personajes potentes, situaciones verosímiles y dramáticas) le agradecí a Gosh su implacable coherencia argumental.

Poco antes de llegar, bordeamos el poblado natal de N^o 1. Shew explicó que N^o 1 siempre había mostrado un gran favoritismo hacia su poblado natal lo cual había originado mucho resentimiento. Naturalmente, N^o 2 y N^o 3 habían

hecho lo mismo con sus respectivos poblados natales y esto solo había servido para agravar el descontento. A medida que nos acercábamos a la ciudad aumentaban la densidad del tráfico y el caos circulatorio. Vimos una nueva estación de ferrocarril y numerosos comercios, muchos de ellos de modas y de muebles, con aspecto de haber sido abiertos hacía poco. Circulaban muchos automóviles nuevos, muchos más que en Rangún. Shew dijo que en Mandalay los precios eran más bajos aunque el cambio del dólar era algo peor. No comprendí como eso podía haber influido en la renovación del parque automovilístico pero me iba quedando claro que entrábamos en una ciudad muy distinta a Rangún. Una ciudad más viva, más vibrante, con más actividad comercial y, quise creer, menos opresiva, más abierta.

Shew había reservado habitaciones en un hotel chino del centro, que resultó un tugurio triste, con habitaciones pequeñas y mal iluminadas, muebles oscuros, y desconchones y manchas en paredes y techos. Además, las ventanas daban a un patio estrecho y sucio por donde no nos costó imaginar a un ejército de ratas correteando a sus anchas en cuanto oscureciera. No podíamos culparlo. Él ya había advertido que los hoteles de Mandalay en los más caros de Birmania pero nosotros nos habíamos empeñado en mantener muy baja la tarifa. Isabel y Pilar se sublevaron y a Martín y a mi no nos quedó otra que salir con Shew a buscar otro alojamiento. Visitamos un par de hoteles de la zona pero estaban llenos. Volvimos. Anocheceía. Los cuatro estábamos fatigados e irritables. Parapetado tras el mostrador, el recepcionista chino nos miraba como solo puede mirar un recepcionista chino. Pilar e Isabel se mantuvieron en sus trece ("Ni una noche en este cuchitril"). Finalmente Isabel y yo fuimos con Shew a ver el Swan, un establecimiento moderno de estilo

europeo, situado frente al Palacio Real. Por supuesto, tenían habitaciones libres. Por supuesto a 55 y 65 USD (una fortuna en Birmania). Por supuesto, llamar por teléfono a España costaba 5 USD por minuto y a Tailandia 2 USD. Una locura. “Si hubiéramos empezado por aquí” pensé. Nos cambiamos.

A la mañana siguiente, de camino hacia Amarapura (llamada actualmente Taungmyo, la “ciudad del sur”) nos detuvimos en el barrio de los talladores de mármol, una calle larga y estrecha en cuyas márgenes reside una interminable sucesión de tiendas dedicadas a la venta de bronce y de talleres donde se fabrican budas de todos los tipos y tamaños. Compramos dos o tres bronce pequeños en una tiendita deliciosa regentada por un indio renegrado y bigotudo y su amable hija de tez pálida, y entramos luego en un taller donde fabricaban budas con la técnica de la “cera perdida”. La mayoría estaban destinados a la exportación, sobre todo a Tailandia y a China. No teníamos nada que comprar allí, las pulidoras chirriaban sin parar y un polvillo blancuzco se nos metía por la nariz y los ojos. Entre las piezas del patio había un buda de tamaño natural, hecho de placas cuadradas de cerámica gris cosidas con cuerdas de esparto. El cuidadoso acabado del cuerpo contrastaba con el hecho de que no tenía cara. Nos explicaron que había sido encargado por un coleccionista norteamericano que había enviado las especificaciones por correo y que murió antes de recibirlo. Pilar dijo que era una obra original y muy moderna, Isabel y Martín la contemplaron sin decir palabra y yo me pregunté qué tipo de sujeto podía haber encargado una cosa así.

Salvo por un periodo de diez y ocho años (entre 1823 y 1841), Amarapura fue capital de Birmania de 1783 a 1861 cuando el rey Mindon decidió trasladar la capital a Mandalay, y cuenta con varios lugares interesante, entre ellos la gran pagoda Kyauktawgadi y el monasterio Mahagandhayan, uno de los mayores de Birmania. Sin embargo, lo que más nos gustó fue el puente U Bein, una larga estructura de madera de teca construida por el alcalde de ese nombre hace unos doscientos años. Solo puede cruzarse a pié y se tarda unos quince minutos en pasar de un lado al otro del lago Taungthman, un curso de agua bastante errático cuya cuenca suele inundarse durante la estación de lluvias. Durante la seca toda ella se dedica al cultivo. El invierno había sido muy lluvioso, dijo Shew, y a primeros de julio las aguas cortaron el puente durante varios días. Esto me pareció impresionante porque en la foto de la guía podía verse el lecho del lago casi seco y los gruesos troncos del puente con sus siete metros de altura. Pero debía de haber sido cierto pues estábamos a finales de agosto y el agua todavía corría a menos de un metro bajo nuestros pies. En las orillas había pescadores que lanzaban sus cañas con el agua al cuello, y un poco más allá de donde, perseguidos por una nube de niños pedigüeños, nos dimos la vuelta, un joven se quitó la ropa y se lanzó al lago. Buceó tratando de alcanzar un sombrero amarillo que se alejaba flotando aguas abajo y no pudimos determinar si el sombrero era suyo o si se trataba de algún tipo de apuesta o de juego.

De la pagoda Kyauktawgadi, construida por el rey Pagan en 1847, recuerdo lo que leí en la guía, a saber que era una imitación del templo de Ananda en Bagan. La imitación estaba bastante lograda en el exterior pero el interior había resultado un fiasco. El texto llamaba la atención sobre los

murales de las entradas este y oeste. En ellos se representan escenas de la vida cotidiana de la época de su construcción y pueden verse algunas caras europeas entre los de rostros birmanos. No dejaba de ser irónico, remataba la guía, que el tema de los murales fuera la buena disposición del rey hacia su pueblo dado que Pagan había sido uno de los monarcas más crueles de su dinastía. Durante su reinado, se aseguraba, llegaron a ejecutarse un promedio de tres mil personas al año. Se dice que al monasterio Mahagandhayan acuden hasta mil doscientos monjes durante las grandes festividades budistas. Me pareció un lugar imponente que, por alguna razón, no nos produjo emoción alguna así que apenas nos detuvimos en él. Flanqueados por altos bancales de arena y extensas y cenagosas lagunas continuamos viaje en dirección a Ava justo hasta un punto en que la carretera desaparecía bajo las aguas. Bajamos del coche y subimos a una barca con la que llegamos a la ciudad.

Inwa, nombre con el que Ava fue conocida hasta principios del siglo XX, significa “la entrada al lago” y su nombre se refiere a que desde este lugar, en la confluencia del Mytinge y el Irrawady, se controlaba el tráfico de arroz de la planicie de Kyaukse. No por casualidad fue aquí donde, tras la destrucción de Bagan por las tropas de Kublai Khan, el germen de un nuevo impero birmano tomó forma a partir del siglo XIV. Aunque Birmania fue conocida como Ava (y la monarquía birmana como “la corte de Ava) hasta finales del siglo XIX, muchos birmanos la conocen todavía por su nombre clásico: Ratnapura, “la ciudad de las gemas”.

Recorrimos la ciudad rodeados por una nube de chiquillos rientes y ruidosos pero la mayor parte de sus monumentos (incluida la práctica totalidad de sus murallas) han sido destruidos por los terremotos o desmantelados

cuando la corte se trasladó a Mandalay y poco era lo que quedaba de su antiguo esplendor. Junto a la entrada de un templo de teka había una familia compuesta por el padre, la madre y una niña de un mes. Sentados en el suelo con actitud resignada mostraban un cartel escrito a mano. Le pedi a Shew que lo tradujera. “Dice que cuando la niña apenas tenía una semana llegaron las inundaciones y tuvieron que refugiarse en el templo. También dice que lo han perdido todo. Ahora el templo es su hogar”. Les entregamos unas monedas y seguimos el recorrido. Por las calles de barro semiseco se veían restos de las hordas de cangrejos rojos que habían invadido la ciudad durante las inundaciones. Bandadas de libélulas poblaban el aire. Contemplamos los antiguos edificios de ladrillo rojo del centro del lago y las lejanas cúpulas doradas de las pagodas sobre las colinas. Vimos un grupo de monjes-niños afeitándose la cabeza unos a otros y marchamos luego hasta la torre del reloj, más conocida como la torre inclinada. Por fin, abrumados por la soledad y el abandono de aquel lugar dejado de la mano de Dios y sitiado por las aguas, decidimos volver.

Compartimos la barca de regreso con una pareja de moteros enamorados que se cubrían las cabezas con la chamarra de él para besarse sin tregua y con un campesino de rostro hierático agarrado a su bicicleta. Regresamos a la furgoneta y poco después cruzamos el célebre Inwa Bridge, un puente de acero que los británicos construyeron sobre el Irrawadi en 1934 para unir Inwa con Sagaing sin pasar por Mandalay. El puente, por cuyo centro discurre una vía férrea, fue volado dos veces durante la II Guerra Mundial y no volvió a estar operativo hasta 1954. Todavía hoy su característica silueta

reforzada por el contraluz del atardecer sigue siendo inmortalizada en numerosas películas y reportajes.

Se dice que las colinas de Sagaing albergan seiscientos templos donde viven unos cinco mil monjes y monjas. Vistamos el templo de los treinta y ocho túneles y los cuarenta y cinco budas (uno de los cuales, tal como reza la inevitable placa, fue regalado por la familia de N° 1). Desde la terraza principal, contemplamos la puesta de sol sobre la inmensa cuenca del Irrawadi. Me pareció un espectáculo único. Permanecemos mudos un largo rato, hipnotizados por aquél paisaje de belleza indescriptible y proporciones colosales, y visitamos luego otro templo, todo él decorado con azulejos de tonos pastel que le daban un aire de falla valenciana. Shew nos narró las capillas los doce sueños y las doce interpretaciones una por una. Al salir, Pilar se unió a un grupo de peregrinos birmanos quienes, entre sonrisas y palmas, le incluyeron en la foto de familia, y acabó pintando a varias de las chicas con su pintalabios. Al bajar vimos tres o cuatro mujeres leprosas pidiendo limosna a los lados de la carretera. Arrodilladas, extendían las dos manos, inclinaban la cabeza y miraban al suelo. Por las ramas de los árboles correteaban ardillas y familias de monos. Cruzamos otra vez el puente de acero con las primeras oscuridades de la noche tiñendo de azul brillante las aguas del río, y llegamos a Mandalay justo a tiempo para que Isabel pudiera comprar media docena de pañuelos de seda en una de las tienditas iluminadas con lámparas de carburo de Amarapura. Cenamos pato asado en las proximidades del hotel y luego cuando, ya en la habitación, agotado, anoto como puedo todo esto en mi agenda y le pongo fecha a la siguiente entrada descubro que el día siguiente

será 26 de agosto, día de mi quincuagésimo quinto cumpleaños. No me sorprende haberlo olvidado.

A la mañana siguiente hacemos la obligada visita al Palacio Real, una ciudadela enorme rodeada por un estanque y una alta muralla en cuyo interior hay decenas de edificios, una parte de los cuales está siendo restaurada. Hay andamios, botes de pintura y obreros que circulan arrastrando los pies. Para ser un país gobernado por una dictadura militar, sorprende el porte escasamente marcial de los soldados de la guardia. Contra lo que suele ser nuestra costumbre, decidimos “hacer de turistas” y alquilar trajes tradicionales para tomarnos las consabidas fotos “de época”. Debemos tener un aspecto especialmente ridículo porque las encargadas de los trajes no paran de reírse y nosotros, al vernos de semejante guisa (disfrazados de princesas, cortesanas, generales y ministros) nos contagiamos de la hilaridad general. La alegría es tan contagiosa que hasta Shew, siempre recatado, acaba disfrazado de escribano imperial. Luego, en el estudio del fotógrafo, nadie se ríe porque este hombre se toma muy en serio su trabajo y estudia cada encuadre minuciosamente mientras nos recompone el atuendo con parsimonia y esmero.

Shew acorta la visita repitiendo lo que nos adelantó al salir del hotel y es que estamos de suerte porque esta semana, en las afueras de Mandalay, se celebra el Nat Festival, la mayor celebración de la región, y no hay que perderselo. Veinte minutos después llegamos a un inmensa explanada repleta de coches. Shew nos lleva hasta la entrada y saca las entradas mientras Dango busca dónde aparcar. Quedamos en que nos espere en la puerta de

salida al cabo de tres horas. Entramos por una avenida inmensa flanqueada de tenderetes de madera y bambú por donde circulan miles de personas y cuesta dar dos pasos. Huele a coco, a arroz hervido, a cebolla frita... Entramos en un cine de campaña sobre cuya entrada grandes carteles de colores anuncian una película birmana: quinientas o seiscientas personas están sentadas en el suelo (monjes incluidos) y por entre ellas, silenciosos, circulan vendedores de golosinas con una cajita de madera al cuello iluminada con pequeñas velas encendidas. Martín y yo subimos a la plataforma de proyección, poco más que un andamio de obra con un suelo de tablas mal machihembradas sobre el que se asientan dos grandes máquinas de color gris verdoso, dos proyectores de rollo como los de los cinematógrafos de nuestra infancia. Eso, unido a la amplitud del local y a la gran distancia a que se encuentra la pantalla, le confiere a las imágenes una rara cualidad, como si estuvieran suspendidas en el vacío y los actores fueran gigantes incorpóreos y un tanto mágicos, capaces de mezclarse con los espectadores en cualquier momento. Pienso en las velas encendidas alrededor de las cajitas de los vendedores, y en toda esa gente sentada ahí abajo, y en los metros y metros de lona que nos rodean, y en que no he visto un solo extintor el recinto. Salimos, caminamos unos metros y entramos en un tenderete con aires de teatrillo. Varias decenas de personas se apretujan en su interior. Una pareja de travestidos danza en honor de los Nuts. Hay seis o siete músicos y un director que al finalizar cada cuadro explica el siguiente mientras pasa el cacillo entre los espectadores. De vez en cuando, algunos de los que están junto a los Nuts tiran billetes hacia el público. Otros les alargan botellas de güisqui a los travestidos que beben a gollete tragos interminables. Unos pocos pasos más allá Martín y Pilar le hacen fotos a un

grupo de seis u ocho travestidos que esperan turno. Luego les dan algunos lápices de labios, unos cuantos paquetitos de toallitas perfumadas y un sobre de agujas, botones e hilos de Lufthansa. Ellos ríen y hacen aspavientos. La mitad están borrachos perdidos. Una echadora de cartas que contempla la escena ríe, nos da unas palmadas en la espalda y nos regala su cigarro a medio fumar. Llegamos al templo central de los Nuts. En las inmediaciones se concentran cientos de mujeres con cestos de frutas y flores. Para entrar hay que dejarse llevar por la marea humana y, al mismo tiempo, abrirse paso a empujones. La cosa consiste en “pasar” el cesto por el altar de los Nuts, dejar un fruto o una flor como ofrenda, y salir con el resto bendecido. Salimos junto a un grupo de señoras que se pone a bailar. Nos invitan. Nos unimos. Ellas ríen y aplauden. Nosotros reímos y aplaudimos. Finalmente nos despedimos con una batahola de risas, palmetadas y abrazos. Poco después, en el templo de la madre de los Nuts, Isabel y Pilar consiguen “bendecir” un ramito de flores. Hay niños y ancianas mendigando, algunas en un estado físico lamentable. Pasamos frente a una zona de puestos de dulces. Aquí las vendedoras son jóvenes, bonitas y van bien vestidas y muy maquilladas. Predominan las familias pero también circulan grupos de mujeres solas. Nos cuesta dar dos pasos seguidos y no perdernos de vista. El colorido es brutal. Cada mirada es un encuadre, cada contemplación una orgía fotográfica. La calle de los maestros de los Nuts está flanqueada por puestos de echadoras de cartas y de adivinatoras del porvenir. Me resulta curioso verlas en esos habitáculos sobrealzados semejantes a grandes casas de muñecas o salas de estar tradicionales a las que se les hubiera arrancado la pared frontal.

Por fin llegamos a la salida, nos reencontramos con Shew, cruzamos una vía férrea y nos reunimos con Dango junto a la furgoneta. Para entonces ya hemos comprendido que estamos atrapados en un atasco descomunal, cientos de automóviles tratan de salir de la inmensa explanada y llegar hasta la carretera. Entramos en la furgoneta, nos refugiamos en el aire acondicionado. Esperamos diez, veinte, treinta minutos. Nadie se mueve. Aparecen dos pick-up de la policía con una docena de agentes. Sus blancos e immaculados uniformes resaltan entre el sudor y el polvo de cuantos nos rodean. Los policías descienden, tratan de que las tres filas de coches avancen unos metros, comprueban la inutilidad de sus esfuerzos y, tal vez temiendo quedarse ellos mismos atascados, desaparecen. Algunos conductores se salen de la fila de nuestra izquierda, circulan campo a través y se quedan detenidos unos pocos metros más adelante. Shew le pregunta algo Dango y éste niega con la cabeza. Transcurren otros diez minutos. Dango se baja, avanza por el camino y desaparece de nuestra vista. Shew se pone al volante e intenta maniobrar pero no lo logra. Dango regresa y le dice algo por la ventanilla. Ambos miran hacia delante. Reaparecen los policías. Se bajan del pick-up, se pasean, miran, uno de ellos toma un megáfono y dice algo a quien le pueda oír. Nosotros no lo oímos. Los coches situados a nuestra izquierda se mueven lentamente hacia atrás, unos cuantos consiguen llegar a un estrecho camino que se interna entre unos sembrados y desaparecen de nuestra vista. Los policías suben al pick-up y se vuelven a ir. Dango les sigue a pie haciendo equilibrios al borde la acequia que discurre a la izquierda del camino. Pilar se duerme apoyada en mi hombro. Martín dormita en el asiento delantero. Isabel mira al infinito por la ventanilla de la derecha. Shew, impaciente, se baja y camina entre los coches. Lo perdemos

de vista. Me digo que en ese momento somos cuatro extranjeros en el interior de una furgoneta sin conductor, sin guía y con el motor en marcha. Calculo que llevaremos en el atasco algo más de una hora y habremos avanzado unos veinte metros. Me viene a la memoria "Autopista", el relato en el que Cortázar describe un atasco en una autopista del Gran Buenos Aires. Me digo que ni esto es una autopista ni estamos Buenos Aires. También me digo que hasta ahora no he visto ni un mal gesto, ni oído un bocinazo, ni observado un mal modo. Dentro de los vehículos la gente dormita, se abanica, conversa con quienes descienden a curiosear o a estirar las piernas. ¿Será el budismo? me digo. En el cochambroso taxi que nos precede una mujer joven está dándole de mamar a un niño. La escena despide una rara familiaridad. Por fin regresa Shew y avanzamos dos o tres metros. La fila de la izquierda se mueve algo más y Shew trata de cambiarse pero un espontáneo se lo impide con grandes aspavientos. Nos quedamos a mitad de maniobra, bloqueando el movimiento en ambas filas hasta que Shew consigue retroceder a la posición inicial. Shew se baja y mira. De frente, por el lateral avanza un grupo de mujeres ataviadas con trajes tradicionales. En las manos llevan paraguas y ramos de flores. Me sorprenden la alegría y el orden con el que caminan y la pulcritud de sus vestidos. Pilar sigue durmiendo. Martín se despereza y me mira con gesto de interrogación. Me encojo de hombros. En ese momento reaparece Shew, se sube a la furgoneta y dice: "*Problems*". Luego, como si hiciera un gran esfuerzo, añade: "*Many cars*". Me exasperan su fatalismo y su simplicidad pero si acaso él lo nota no se da por aludido. Pasa un vendedor de sandías con los rojos pedazos partidos en una palangana sobre la cabeza. Pasan algunos ciclistas, varios caminantes y dos o tres motoristas que zigzaguean entre las

filas de coches. Shew habla por su teléfono móvil, supongo que con Dago. Pilar se despierta, me mira y vuelve a recostarse en mi hombro. Se oyen voces difundidas por un altavoz. En ese momento, Shew propone abandonar el coche y caminar hasta encontrar a su hermano. Al parecer está gestionando otro vehículo en algún lugar de la carretera, fuera ya de la zona de atasco. Otra opción sería tomar el tren algo que a Pilar y a mí nos fascina y que a Martín le horroriza. El problema es que el siguiente tren tardará más de horas y ni siquiera es seguro que podamos subirnos. Mientras discutimos, Shew vuelve a desaparecer carretera adelante. Pasa una fila de niños desnudos de medio cuerpo para arriba. Isabel dice que necesita orinar pero estamos rodeados de gente por todas partes. Cuatro ancianos nos observan impávidos mientras mascan betel. De cuando en cuando lanzan escupitajos rojos contra el boscoso talud de nuestra derecha. Shew regresa, pone en marcha la furgoneta, avanzamos cuatro o cinco metros y volvemos a detenernos. Shew se baja de nuevo, camina unos metros y mira al frente. ¿Habrás visto a Dango? Me irrita que no explique, que no diga nada. A nuestra derecha el talud boscoso ha sido sustituido por una empalizada de cañas tras la cual se divisa una casita de bambú con techo de madera. Isabel me mira con una expresión que parece decir ¿tendrán retrete? Reaparece Shew. Ahora dice que le preocupa no ver a su hermano. Martín se ofrece a ir a buscarlo porque ahora Shew no quiere alejarse demasiado del coche. Avanzamos dos o tres metros. Al otro lado de la empalizada, junto a la casita hay un vagón de tren en estado ruinoso. Vemos ropa tendida en las ventanas y unas cuantas sillas desvencijadas junto a la puerta. Un joven delgado y fibroso mira al otro de la vía desde la puerta. Retuerce una larga toalla entre las manos y permanece quieto, sin moverse,

como si de un momento a otro esperase la llegada del futuro por aquella vía muerta. A la izquierda, una valla de madera pintada de blanco nos separa de la zona principal del aparcamiento. Vemos pequeños autobuses repletos de gente y gente sobre el techo y colgadas de las ventanas. Todos están detenidos, los más grandes hacen sonar sus bocinas de vez en cuando. Las cunetas están pobladas de matojos, arbustos y espinos. Al frente a la izquierda, nos sobrevuelan los altos cables del tendido eléctrico y lejos, mucho más lejos, hacia el este, nimbadas por la luz del atardecer, se alzan las altas montañas del estado de Shan.

Reaparece Shew que sigue mudo. Avanzamos unos pocos metros. Pilar mete la mano en una bolsa que lleva entre los pies y nos ofrece manzanas. Volvemos a avanzar tres o cuatro metros. Nos detenemos. Shew vuelve a bajar y habla con un policía que al reír nos enseña una dentadura de oro. Regresa Martín y Shew dice que el policía le ha dicho que la causa del atasco está lejos, en la carretera principal. Son las decenas de autobuses que van, vienen y maniobran justamente en el cruce quienes lo causan. Martín explica que no ha encontrado a Dango. Comemos manzanas, naranjas y pedacitos de plum-cake y apuramos los dos últimos botellines de agua. Shew parte en busca de Dango. “Cuando se encuentren” dice Martín, “tendrán una buena bronca”.

En el jeep de delante dos señoras emperifolladas se abanicán con sendos pai-pais. Los asientos del jeep van forrados de puntilla y recubiertos con plástico transparente. Pasan mujeres con cestos de frutas y de bananos sobre la cabeza. Hay familias que han sacado la cesta del pic-nic y comen y beben sobre la explanada rodeados de autobuses, coches y motos. Regresa Show y propone dejar la furgoneta al cuidado de algún lugareño y salir

caminando hasta la carretera. Miro el reloj. Llevamos más de dos horas en el atasco. Al final, Martín y yo decidimos hacer un último intento de encontrar a Dango. Recorremos unos quinientos metros sorteando caminantes y motos que nos adelantan peligrosamente por la espalda. Llegamos a la entrada del recinto ferial. El barullo es descomunal. Nadie escucha a nadie, cada cual busca escapar de allí como puede. Contra todo pronóstico nos damos de bruces con Dango que se acerca sonriendo. Cuando volvemos a la furgoneta, Shew hace un aparte con él y lo abronca durante un rato. Luego lo deja al cargo de la furgoneta. Bajamos y nos ponemos en marcha. Al pasar frente a la entrada vemos que los coches han comenzado a moverse. Shew dice que faltan unos cuatro kilómetros hasta la carretera principal. Nos ponemos en camino por un arcén mínimo sorteando camiones, autobuses, furgonetas, viandantes cargados con bultos y cestas, pick-ups, automóviles y motos. Formamos parte de una riada humana cuyo único objetivo es seguir en movimiento. La agorafobia de Isabel amenaza ponerse difícil. La carretera tiene dos calzadas separadas por una ancha acequia. La nuestra está repleta de vehículos rebosantes de gente. Muchos nos saludan, hacen gestos, nos lanzan palabras y frases que no entendemos. Respondemos gesticulando, sobre todo Isabel, que de esa manera ahuyenta sus miedos. Shew propone subir a un pick-up desde cuya trasera nos han estado haciendo señas. Vacilamos porque la trasera está repleta de gente, la mayoría mujeres. Ellos insisten. Nos decidimos a trepar, ayudados por una docena de manos anónimas. Caemos unos encima de otros. Huele a sudor y humanidad densa y compacta. Tratamos de empotrarnos en medio de una maraña de cuerpos, piernas, sonrisas y brazos. Nos preocupa lesionar a alguien. Todo el mundo procura hacernos hueco y

parece feliz de tenernos allí. Nuestro equilibrio es muy precario. Isabel y Martín discuten sobre una rodilla que se les clava en la espalda. Yo he de sostenerme en vilo, agarrado al borde la trasera, para no aplastar a una gruesa señora de mediana edad que me mira sonriente. A Pilar se le duermen las piernas. Isabel ya no aguanta las ganas de orinar. Ahora el tráfico circula algo más vivo. Finalmente, pedimos que paren el pick-up y bajamos. Caminamos por el lateral, Isabel se esconde tras unos espinos y se alivia como puede. Caminamos otra media hora. Esquivamos bicicletas, motos y escupitajos de betel. A nuestra derecha, el espectáculo del sol descendiendo sobre los campos de arroz es de una gran belleza. No sentimos el cansancio, más bien entre nosotros reina el buen humor. “Nunca olvidaremos esto” dice Martín. “La retirada de Mandalay” exclamo yo, parafraseando el título de un conocido episodio de la II Guerra Mundial. Por fin, llegamos al cruce. Como era de esperar, Dango no aparece y Shew convence a un lugareño para que nos preste servicio de taxi. Su coche es viejo, está desportillado y él lo para cada dos por tres, abre la puerta y escupe. En las márgenes hay grupos que agitan cuencos de metal. Piden limosna para monjes y Nuts. Al poco vemos la inconfundible silueta de Mandalay Hill al frente. Suspiramos aliviados. Deseoso de desagraviarnos por lo que seguramente considera una terrible experiencia, Shew nos lleva a un restaurante tradicional pero cuando llegamos descubre que ha cambiado de dueño. A continuación vamos a un restaurante chino pero todavía no lo han abierto. Desesperado, Shew propone el Green Elephant, uno de los más lujosos de la ciudad. No dudamos.

Después de cenar dejamos a Isabel en el hotel y regresamos al centro. Pregunto si no hemos tenido bastante para un solo día pero Martín y Pilar no

dudan así que durante la siguiente media hora nos perdemos por unos callejones repletos tiendas de pañuelos y de fabricantes de zapatillas de colores. Luego, de camino a Mandalay Hill, recogemos a Isabel. Entretanto ella se ha dado un baño en la piscina del hotel y parece mucho más descansada. El templo que corona Mandalay Hill está bastante sucio y abarrotado de tenderetes pero la vista circular sobre el río, la ciudad, los campos y las dos cordilleras que delimitan la cuenca a la declinante luz del ocaso no tiene precio. Los campos situados al norte de la ciudad siguen anegados. Al oeste, unas débiles luces tintineantes marcan el ferial que acabamos de abandonar. Shew señala hacia el noreste. Allí se encuentran las ruinas de Rubi, aún no abiertas a los extranjeros. En el interior del templo hay unos paneles con fotos de militares visitándolo, entre ellos N° 1. Pilar hace un comentario crítico que Shew ataja: eso no puede decirse en público, explica, aunque mucha gente lo dice en privado. Bajamos. Vamos al bar del hotel Sedona y nos tomamos unos jugos para celebrar mi cumpleaños. Shew pregunta si en el festival hemos visto a los *gays* y yo aprovecho para preguntarle por la situación de los homosexuales en Birmania. Responde que no son aceptados, que han de ocultar su condición, que quienes no la ocultan no encuentran buenos trabajos, tan solo ocupaciones marginales, y que su vida es muy triste. Luego pregunta si queremos ver un espectáculo de marionetas birmanas; él conoce uno muy bueno y no está lejos. Isabel y Pilar dicen que ya no pueden más. Pero como Martín se muestra dispuesto, Pilar me hace una seña y yo me sumo a regañadientes.

Shew nos lleva por calles oscuras a las que la luz de la luna llena de agosto confiere un toque espectral. El teatro está en una casita de dos plantas. En la baja hay sala con unas cincuenta sillas, una barra de bar y un pequeño

escenario. La sala está vacía. Shew dice que la temporada está siendo muy floja y que no esperan a nadie más. Nos sirven las bebidas y se apaga la mitad de las luces. Entran seis músicos y una presentadora que dice un largo parlamento y después canta. Le sigue una delicada interpretación de arpa birmana. Luego se apaga la otra mitad de las luces y sale una hermosa bailarina con una vela encendida en cada mano. El movimiento de luces y sombras sobre el cortinón de seda roja del fondo resulta embrujador. A continuación comienza el número de marionetas propiamente dicho. Cada cuadro es introducido por una voz en off que explica su contenido en un inglés incomprendible. La complejidad de los cuadros va en aumento y alcanza su cima en los dos últimos: el dúo formado por una marioneta y una joven que se mueve como si lo fuera; y el tradicional número del príncipe y la princesa en el que las cuatro marionetas y los marionetistas interpretan una historia de amor y celos y dialogan con el público... en correcto birmano. De camino al hotel le digo a Martín que tenía razón, que ha sido un acierto venir. Para mí ha sido un día de cumpleaños especial. El espectáculo de marionetas ha constituido un broche irrepetible. Pienso: seis músicos, una presentadora, siete u ocho marionetistas y dos personas vendiendo entradas y sirviendo bebidas para atender a dos clientes... ¿sobrevivirá este local?

Cuando entro en la habitación Pilar está ya dormida. Me desnudo a oscuras, me meto entre las sábanas. Antes de caer rendido me pregunto si seré capaz de recordar todo lo vivido, si mañana encontraré la ocasión y las palabras para poder anotarlo.